

sas y las fuentes hablaban un idioma inexpresable más dulce que el son de las cítaras.

Sentí rumor de pasos precipitados, y mis ojos cegaron como ante una aparición divina.

Un arcángel, el Arcángel de la Venganza, el mismo que, cabalgando en la yegua Haizun, armado con su casco de fuego y su alfanje de llamas, combatió al frente de una legión de querubines, al lado del Profeta, salió a mi encuentro y me estrechó en sus brazos.

Y sus manos, temblorosas de deseo, como las de un novio, me condujeron a un templete resplandeciente que se alzaba a la sombra de un gran bosque de palmeras de oro.

Los muros eran de calada malaquita, con cenefas de granates y arabescos de turquesas y piedras de luna. La bóveda estaba formada de un solo zafiro incrustado de estrellas de diamantes, que giraba y se curvaba como un cielo. El lecho era del coral más sangriento y las colchas de púrpura llameante.

Sentí en toda mi carne la palpitación de unos labios de fuego, y un beso lento y largo, como una eternidad, me fué absorbiendo vorazmente hasta dejar vacío mi cuerpo, sin sangre y sin alma. Y en las alas violentas de un amor imposible, volamos abrazados, como sobre el roc de los viejos cuentos del Yemen, en un vértigo inconcebible, envueltos en torbellinos de luz o bajo pabellones de tinieblas, sobre desiertos y ciudades rozando los flecos de oro de las estrellas, y sintiendo a veces salpicar nuestros flancos la salobre espuma de los mares hambrientos.

Nos transmitimos nuestras más íntimas ideas, todo eso que no puede decirse porque es tan grande o tan sutil que no encuentro palabra que lo exprese, con una mirada voraz, con una sonrisa extática, con un beso absorbente.

Fundidos en uno solo, vagamos, vagamos infatigables y ágiles como los genios del aire, hasta que un viento huracanado nos arrojó como náufragos a una playa encharcada de sangre, donde las cabezas trunco de los degollados se abrían en muecas de espanto, como cárdenos lirios flotantes en las aguas.

Abrí los ojos temblando de espanto.

En los cristales de la alberca miré, con los cabellos erizados aún de pavor, mi rostro pálido como el de esas enfermas que adolecen del mal del Cielo y mueren sin que nadie conozca las causas de su enfermedad.

Jamás podré olvidar el sueño de esta noche. Llevo dentro de mis pupilas los negros y fieros ojos del Arcángel.

Al recuerdo de sus besos hierve la sangre en las venas, y mis entrañas se abren como las tierras pródigas al recibir la fecundidad caudalosa de los ríos desbordados. ¡He sentido dilatarse en mí todas las felicidades del Cielo y de la Tierra!

La voz se hincha en un suspiro, y de nuevo desfallece Leila Hassana sobre los almohadones del diván.

Las esclavas, silenciosas, le rodean.

Los instrumentos músicos duermen en sus cajas de marfil y ébano.

Las joyas rutilan en los estuches cincelados y

algunas rosas se van deshojando lentamente dentro de las canastillas de mimbre.

Se oye el zumbido sordo y tenaz de una abeja en torno de los cálices abiertos. De pronto desgarran el silencio el metálico clamor de una trompa de guerra.

Pasa un rápido estruendo de armas y corceles bajo el calado mirador. Y los atambores y los ñafiles atruenan triunfalmente en la plaza de la Armería, en los patio del Alcázar, y a lo largo de todas las torres almenadas de La Alhambra.

—¿Qué pasa?—murmura bruscamente la sultana incorporándose en el lecho.

Las esclavas se asoman a los ajimeces.

Son los correos que traen noticias de la guerra...

Van tendidos, como flechas, sobre sus corceles sudorosos, gritando: ¡Victoria! Y tras ellos galopan algunos caballeros armados.

La atlética figura del jefe de los eunucos aparece en el umbral, e inclinándose reverentemente, murmura con voz sonora:

—El magnánimo y poderoso emir de los creyentes, Muhamad-ben-Alhamar, se digna visitar a la perla de su harem, a la esposa favorita de su corazón. Sus propios labios desean comunicarte la gran victoria que alcanzaron contra los infieles nuestras huestes acaudilladas por el príncipe Abderramán-el-Omeya.

Las esclavas se colocan presurosas en sus puestos.

Las guzlas y las arpas vuelven a gemir; una voz de ternura y de desfallecimiento entona una vieja canción de amor.

Y Leila Hassana ensaya la más graciosa de las sonrisas al ver aparecer en el umbral, rodeado de sus guardias y alcatifes, al gran emir, envuelto en su sayo negro, y con la toca verde entrelazada con gruesos hilos de perlas que ornó siempre la noble frente de los hijos de Hegiaz.

Y a través del humo azuloso de los pebeteros se ve todo como soñando en los cristales de un lago encantado.

III

Ha terminado la oración del Alba. Granada, la Damasco de España, metrópoli de todas las ciudades de Occidente, emporio de traficantes, madre pródiga de artistas y de guerreros, se incorpora perezosamente al pie de las verdes colinas, como sensual odalisca que despierta sobre rica alcatifa bordada con todos los matices de la Primavera.

Los primeros rayos del Sol, al reflejarse en las perennes blancuras de la Montaña de la Nieve, arrojan vivos relámpagos de púrpura sobre las negras cresterías de Sierra Elvira, haciendo resplandecer los torreones bermejos del doble cinturón de fortificaciones que ciñe a la ciudad.

Las almenadas torres de La Alhambra se recortan nítidamente en el aire sereno, como si surgiesen del fondo ondulante de un mar de esmeraldas.

Las últimas neblinas se esfuman en los manchones verdes de los cármenes, y el oro flúido del Sol

centellea en la fugitiva pedrería del Dauro y en los joyeles de las innumerables fuentes, recatadas a la sombra de los arbustos floridos. Desde los esbeltos minaretes de las Cien Mezquitas, resplandecientes de azulejos, la voz jubilosa de los muezzines desciende sobre la ciudad, congregando a los fieles, en el nombre de Allah clemente y misericordioso, a recibir a las huestes que, al mando del príncipe Abderramán, regresan vencedoras de las armas cristianas.

Las azoteas se pueblan de gentes cuyos ojos avizores escudriñan las atalayas de la vega.

En todas las calles desemboca, como el agitado oleaje de un río desbordado, una abigarrada muchedumbre. Desciende por las estrechas callejuelas, desde el alcázar regio, desde la casa de la Moneda, desde los mil palacios nobles que, rodeados de jardines, coronan el Albaicín, inundando la mañana con la alegría frenética de sus gritos. Se precipita, desbordante de fausto, por todos los senderos umbrosos de La Alhambra. Se encrespa en una onda multicolor de turbantes y de alquicelles tendidos al viento, en torno de la puerta de Bib-Aujar, para desplomarse torrencialmente a lo largo de la cuesta de los Gomeles, en un relampaguear perpetuo de joyas y de armas bruñidas de sol.

El paso de la multitud hace retemblar los gigantes puentes tendidos sobre el Dauro.

De toda la ciudad convergen nuevas oleadas de cabezas.

La alcazaba Cidid arroja sus laboriosos barrios de tejedores y mercaderes.

La estrecha Cadima deja escapar su negra columna de infatigables hebreos, y hasta el Muror y la Antequeruela concurren también con sus humildes habitantes.

La muchedumbre forma un remanso curuscante y ensordecedor en la plaza de Bib-Rambla, y se desborda por las callejuelas de Zacatín y de la Alcaicería, buscando las puertas de la Vega. Y este mar humano invade toda la ciudad, se arremolina en torno de las plazas, asalta todas las vías en un frenesí de gritos y canciones.

Bajo la gloria del Sol, bajo el celeste resplandor de los cielos flotan los amplios alquiceles de los esclavos africanos; relucen los bronceados bustos de los guerreros etíopes; sudan luz las pieles lustrosas de los potros cordobeses; relampaguean las adargas, las picas y los cascos bruñidos; fulguran los puños de los corvos alfanjes; se irisan los topacios que recaman los altos bonetes, y arde la púrpura y llamea el oro de los ricos vestidos de los pajes. Y todo parece multiplicar la claridad del día, la luz, en una apoteosis mágica de colores y de tonos.

De los jardines floridos, de los cármenes rebozantes de cálices y de los patios olorosos a ámbar, a mirra, a nardo, a todos los más acres y pesados perfumes de Oriente, se escapa un vapor cálido y perfumado de lujuria estival.

Se mezclan y confunden en un mismo triunfo de júbilo todas las tribus que pueblan la ciudad.

Los finos almaizales que velan el rostro de las damas, brillantes y transparentes como encajes de

crystal, rozan las túnicas de lino y los blancos turbantes de los hijos del trabajo.

Tras las celosías, engalanadas de flores y de cintas, relampaguean los ojos curiosos de las odalisas.

Grupos de bayaderas, bajo el arco, lleno de alicatados, con esmaltes y cifras de azul y de oro, de alguna plaza, arquean sus torneados brazos, balanceando las potentes caderas, mientras los pies desnudos riman ágilmente sobre el mosaico del pavimento los voluptuosos giros de las danzas moriscas.

Ancianos de luengas barbas blancas y mugrientas tocas raídas entretienen la impaciencia del público con juegos de cubiletes o rasgueando destempladas guitarras.

Entre la estupefacción de los chiquillos se engullen largas tiras de estopa ardiendo o cantan viejas historias guerreras, en las que el nombre de Almanzur campea con las más gloriosas alabanzas.

Domadores de serpientes, sentados sobre sucias alfombrillas de pita, fosforescentes los ojos, crispadas y convulsas las manos, ofrecen sus lenguas rojas al mortal aguijón, y los áspides se balancean de ellas, rítmicamente, a los somnolientos compases de los tambores y de las flautas berberiscas. Callejeros astrólogos hebraicos predicen el porvenir a cambio de algunas miserables monedas.

Apuestos mancebos hacen caracolear sus ágiles corceles, enjaezados con sedas, flecos, borlones y alharacas multicolores, bajo las celosías de sus damas. Y cuadrillas de alegres mozos y desenvuel-

tas doncellas pululan por todas partes, tañendo guzlas y entonando amorosas canciones. Y todos, en avalanchas de color, se dirigen hacia la Vega, como si las ochenta mil casas de Granada arrojasen de su seno en una embriaguez oriental de pompa o de alegría, su medio millón de habitantes.

También el Zacatín, emporio de las glorias y de las grandezas de Granada, se siente poseído de esta fiebre de movimiento y de entusiasmo.

Desde la puerta de Bib-Rambla, cantada por los poetas como teatro de cien fiestas, de corridas de toros, juegos de sortijas, carreras de caballos y amorosos galanteos, hasta la cancela labrada de la Alcaicería, se ve invadido por las oleadas de la muchedumbre, que distrae su impaciencia contemplando las riquezas infinitas acumuladas en los muestrarios de los bazares.

A un lado, los más hábiles joyeros ofrecen alhajas de oro y plata de tan fina labor, que se dirían tejidas con rayos de sol y reflejos de luna, retorcidos brazaletes de esmeraldas y rubíes, diademas de topacios y de ópalos, collares de perlas y diamantes, joyeles de amatistas y de zafiros.

Expertos cinceladores muestran suntuosas lámparas de alabastro, búcaros y jarrones esmaltados prodigiosamente y pebeteros donde el sutilísimo buril dejó grabadas flores de loto enroscándose en troncos de palmeras, ramas de cedro meciéndose sobre lagos serenos.

Los forjadores de armas enseñan coryos alfanjes damasquinos, largas cimitarras, cotas de malla tan ligeras como impenetrables, jacerinas y broqueles.

Los relojeros exhiben relojes de arena y clepsidras, donde el tiempo se desgrana gota a gota.

Los tejedores cuelgan riquísimos tapices, fastuosas alcatifas, cojines de brocado, hermosos pabellones de lino, imitando en sus dibujos todos los prodigiosos mosaicos de las telas índicas.

Al otro lado, en otros bazares se ven largos tubos cilíndricos por donde el astrólogo percibe los más tenues movimientos de los astros; preciosas brújulas, más gratas al navegante que el fulgor de una estrella en noche borrascosa; ligerísimas hojas de papel de hilo, de seda y de algodón y curiosos manuscritos de ciencias y de artes, y extraños instrumentos de física y alquimias, retortas y sopletes, astrolabios y tablas geométricas y hierbas de la Sierra de la Nieve que curan todos los males.

Profusión de sedas y de alfombras, encajes, pieles y finísimas esteras de pita y de cáñamo, todo producto de la vega granadina, trabajado en la ciudad de las mil torres, todo salido de la fábrica de tapices del Albaicín, de los telares de la Alcazaba, de los talleres de curtidos del arco de Bib-Elvira.

En el bazar de Mahomed-ben-Hassan, el más famoso mercader de la Alcaicería, un numeroso grupo de hombres comentan en diversos idiomas los sucesos del día, la entrada triunfal de Abderramán, el júbilo del emir y la futura prosperidad de Granada. Son joyeros, navegantes, cinceladores y ebanistas, judíos, genoveses, castellanos, provenzales, turcos, persas y egipcios. Muchedumbre reunida un día en la ciudad común, en la

opulenta y comercial Granada, para hacer acopio de sus mercancías y dispersarse mañana, como la hoja del árbol al ímpetu del huracán, en caravanas, ya por las abrasadas regiones del Africa, ya por las populosas ciudades asiáticas o por los pueblos bárbaros de Europa.

—¿Qué nación podrá competir con la perla del Occidente? — exclama Mahomed, acallando con su voz enérgica y sonora la gárrula algarabía de las voces extranjeras—. Granada tiene mil torres que la vigilan, y en cada torre un hombre que la guarda. Es inexpugnable como un castillo custodiado por genios buenos. Sin embargo, sus puertas están abiertas para todos y su hospitalidad no tiene límites. Dilo tú si no, Abraham.

Tus compatriotas viven, bajo sus muros, más libres que en las comarcas de Palestina. Tú lo sabes también. Pero Nuño, mientras que en Córdoba, Sevilla y en Toledo, los fieles creyentes que no tuvieron el valor de abandonar sus hogares para venirse a tierras del Islam, sufren los más afrentosos vejámenes por parte de los reyes de Castilla, en Granada se os abren las puertas, se os remunera generosamente vuestro trabajo y hasta se invita a vuestros caballeros a quebrar cañas y a romper lanzas con los más nobles hijos del Profeta, en las justas y torneos que se celebran en Bib-Rambla.

Nuestra riqueza sólo se puede comparar a nuestra liberalidad. Tendrá Chachemir, sedas; Goleonda, diamantes; Ormuz, perlas. Podrá envanecerse el genovés con sus bajeles, el turco con sus perfumes, el castellano con sus catedrales, el provenzal

con sus artistas; pero en Granada se concentra todo. En ella se acaparan los productos de todas las ciudades. En Málaga y Almería, en Algeciras y en Adra, anclan los navios de los pueblos más remotos cargados de los más variados productos de la Tierra, y se dan de nuevo al mar, llenos hasta la escotilla, de las más envidiables mercancías. La vega produce todos los frutos necesarios para la salud del cuerpo y la embriaguez de los sentidos. La Sierra de la Nieve oculta tanto oro en sus entrañas, que se desborda para servir de arena a nuestros ríos. Las canteras griegas nos produjeron mármoles y alabastros tan puros y tersos como los de Sierra Elvira y Macael.

Jamás el Sol iluminó tierras más fértiles desde cielos más bellos.

Alfombras sirias, tapices persas, telas índicas, metales preciosos, abortan inagotablemente nuestras extensas fábricas y nuestras profundas minas. Tenemos alcázares que envidian Bagdad y Damasco; observatorios que taladran el cielo con sus altivos minaretes; incomparables academias donde se guarda, como un fuego sagrado, la sabiduría de los pueblos antiguos; bazares espléndidos donde podemos ofrecer al mundo todo cuanto pueda soñar la más lúcida imaginación.

Os hemos dado la brújula para que podáis surcar los mares. Hemos creado el papel para que la idea perdure y no sea sólo ráfaga de aire que pasa sin dejar huella. Tenemos poetas que cantan nuestras glorias; sabios que las aumentan; guerreros que las defienden, y alarifes que nos traen a la Tierra todas las hermosuras del Paraíso.

La multitud continúa pasando, en un desfile ondulante de banderas y gallardetes, en una marea ensordecedora de gritos y canciones. Se empuja, se atropella para traspasar el arco de la Puerta Elvira. Asalta los arrabales, invade las huertas, trepa por los árboles, se arracima en los vallados y en los setos de los caminos de la Vega.

Las brisas están cargadas de perfumes y de frescuras que ascienden de los huertos floridos; de los habares en flor; de los bosques de limoneros y naranjos, que nievan el suelo de azahar; de las acequias, límpidas y joyantes, que se deslizan entre hiedras y violetas, de las mil fuentes borbotantes por sus caños de bronce en los recodos de los caminos.

De Granada se escapan ráfagas acariciantes de aromas y de humedades que enervan la mañana ébria de sol y de azul.

La Vega también se desmaya de voluptuosidad, invadida por el tumulto de tantas voces, por el torbellino de tantos colores violentos.

Las azóteas de los molinos, albeantes entre las alamedas del Genil; los minaretes de las mil academias, cercadas de frondosos jardines; los miradores de los cármenes, todo se desborda de gente. Y por todas partes, a lo largo de los paseos de cipreses, en el centro de los kioscos esmaltados, en medio de los patios umbrosos, los penachos de los surtidores se elevan, rotos y brillantes al sol, por cima de las azóteas y de los tejados, sobre las copas de los más altos árboles, para caer deshechos en amplios abanicos de perlas finísimas, como llu-

via de rocío, o formando arcos de chispeante pedrería.

Por los caminos, bajo túneles de verdura, por los olivares, desembocan, entre nubes de polvo y un estruendo de campanillas y trallazos, los moradores de los mil lugares de la vega, que vienen también a compartir el júbilo de los granadinos, jinetes en enjaezadas mulas de labranza, en pacíficos asnos con gualdrapas de colores chillones, entre un tropel de chiquillos que corretea voriferando.

Y la gente se saluda desde lejos, llamándose por sus nombres, y las bendiciones de Dios descienden sobre aquel mar de cabezas multicolores y ululantes.

De pronto, un grito formidable estalla en la cima de un altozano cubierto de algarrobos; serpentea por todos los caminos; atruena en Puerta Elvira; se extiende en un vocerío delirante a lo largo de todas las calles; se eleva en gritos estentóreos de las plazas, y a través de los puentes tendidos sobre el Dauro asciende por los mil laberintos frondosos hasta la cumbre de la Alhambra; y un brusco redoble de tambores anuncia al gran Emir, que, rodeado de su corte, espera impaciente en el Salón de Embajadores, la llegada de las tropas victoriosas.

Por el ancho camino real avanza rápidamente una inmensa nube de polvo, proyectando sobre los árboles y sobre los sembrados las rápidas y móviles sombras de un vuelo.

Se va aclarando poco a poco, parece abrirse, y el oro del Sol dardea, por fin, en el acero de las armas y en el metal de los escudos.

Un trueno de corceles, de chocar de armas se aproxima. Son los Zenetes, los más ágiles jinetes de Granada. Vienen hasta cuatrocientos, galopando en sus caballos, engualdrapados de verde, con grandes borlones de plata que casi rozan el suelo, tendidos sobre las crines flotantes, embrazando sus largos escudos de oro, blandiendo sus enormes lanzas de combate.

Galopan, galopan vertiginosamente, y los gritos agudos y el hierro de las espuelas sangrando en los ijares, azuzan los caballos.

La multitud los aplaude, les arroja flores, y cintas, y palomas; se aparta a su paso atropelladamente, reculando contra las paredes, casi embutiéndose en los quicios de las puertas, trepando por los hierros de las ventanas. Y el tropel de jinetes, flotantes los blancos alquiceles, ondeando los largos penachos, se pierden al galope por las calles. Y bajo el rítmico martilleo de los cascos saltan rotas las piedras, despidiendo chispas de fuego.

Después, son los Gomeles, más lucidos, más numerosos, galopando también en los más bellos caballos de los campos de Córdoba. Y luego los Abencerrajes, bellos y fieros, como los ángeles del Señor en la hora de las grandes venganzas. Y los Zegríes, y los Venegas, los Muzas, los Almohades y los Almoravides, toda la nobleza del Islam, desfilan gallardamente, tremolando al aire enseñas victoriosas bordadas de motes, entre un chocar metálico de armas, de arneses y de estribos: entre relámpagos de oro y pedrería; en un torbellino violento de colores brillantes, de crines desparramadas, de pieles lustrosas.

El blanco, el verde, el bermejo, triunfan en esta carrera vertiginosa.

Atraviesan la ciudad. Bajo las rápidas herraduras, retiemblan los puentes del Dauro. Se precipitan bajo el arco de Bib-Aujar, y ascienden y se pierden por las cuestas de la Alhambra, como una avalancha de oro, de nieve y de sangre, estremeciendo las bóvedas de verdura, deshojando las flores, desgajando las ramas, ahuyentando los pájaros y levantando hasta el sol jirones de nubes polvorientas.

Los añafiles y los atambores dejan oír, por fin, sus notas guerreras. Y solo, seguido de cerca por compactas filas de pajes y escuderos, se destaca, en un recodo del camino, jinete en un piafante potro morcillo, la soberbia figura de Abderramán. Todos los brazos se elevan a los cielos; los jaiques y los alquiceles flotan en lo alto, y una explosión de vítores estalla hasta enronquecer las voces.

Las gentes avanzan, le rodean, se aprietan en torno suyo, se postran de rodillas para besar la fina seda de su manto blanco. El príncipe tiene que hacer esfuerzos inauditos para refrenar la nerviosa impaciencia del caballo, que avanza, caracoleando, entre aquel mar rugiente de aclamaciones. La gualdrapa, de seda verde, barre con sus largos borlones de oro el polvo del camino. Está salpicada de sangre; y en los flecos de seda carmesí del rendaje, los topacios y los criso-berilos fulguran como leonadas pupilas de pantera. Avanza sonriente; la diestra entre las riendas y la mano izquierda apoyada sobre el puño de pedrería de su largo alfanje damasquino, envuelto en la blancura

de su alquicel, ciñendo el verde turbante, recamado de oro y perlas, de los descendientes del Profeta.

Las celosías se descorren a su paso, y tras ellas los ojos arden de deseo, y los labios femeninos florecen en los claveles de las más incitantes sonrisas.

Desde las azoteas, desde los miradores, de todas partes derraman lluvias de esencias y pétalos de flores; arrojan naranjas de color de grana y limones como el oro, pastillas de ámbar y largas cintas de seda multicolores.

Tras él, precedidos de dos heraldos en cuyos petos fulguran bordadas en oro las armas de Granada, veinticuatro pajes, vestidos de púrpura, conducen en grandes azafates de plata las llaves de las ciudades y de las villas arrancadas al poder de los cristianos. Cincuenta escuderos portan las espadas y los cascos de los alcaides rendidos. Detrás, custodiados por las lanzas de atezados guerreros alpujarreños, jinetes en salvajes corceles de desgrefiadas crines, van los cautivos con las cabezas curvadas sobre el pecho. Algunos chorrean sangre de las recientes heridas, y son tantos que, ligados por sus cadenas, podrían rodear en doble fila el espacioso recinto de la ciudad.

Tras ellos, centenares de mulas se derrengan bajo el peso de fuertes arcones henchidos de joyas, de vasos sagrados, de diademas de santos, de oro y plata, de todo el magnífico botín obtenido en la gloriosa jornada.

Y por último, cerrando la marcha, los guerreros etiopes, la caballería berberisca, los peones arma-

dos de hondas y de picas y los esclavos cargados de cascos y de escudos.

Abderramán penetra en la Alhambra. Ascende por el amplio camino de la Puerta de la Justicia. Desde los Adarves llueven flores sobre su caballo.

Los guerreros, desparramados a lo largo de los senderos, le saludan, chocando sus armas sobre los escudos. En la ancha plaza de los Aljibes, toda resplandeciente de lanzas, un alarido formidable anuncia su llegada.

La guardia negra del alcázar inclina la cabeza y toca con las alabardas el suelo.

Salta del corcel, que un paje nubio retiene por las bridas, y seguido de sus escuderos penetra en el palacio.

Las músicas dejan escapar sus más alegres sonos.

Atraviesa el patio de la Alberca y sube al Salón de Embajadores.

Un gran silencio expectante domina en la sala, donde los pebeteros y la lluvia tenuísima de esencias que resbala de las altas bóvedas de cedro esmaltadas de plata, oro y azul, atemperan el ambiente y la violencia de los colores con que juega la luz en los encajes y en los alicatados.

Abderramán se aproxima al trono, e inclinándose hasta tocar el suelo con las manos, murmura:

—¡Grande y poderoso comendador de los creyentes, la bendición del Señor sea contigo. Las llaves de veinticuatro villas y ciudades tomadas a los cristianos están ante tus pies, y con ellas los alcaides que las gobernaban.

Más de mil mulas jadean bajo el peso del botín, y treinta millares de cautivos se prosternan a tus plantas. El más humilde príncipe de tu sangre te entrega estas mercedes que Allah te ha concedido para bien de tu imperio.

El Emir se levanta, y atrayéndole sobre su corazón, murmura:

—Pide cuanto desees. Mi magnificencia sabrá recompensarte. Pídemela más bella de mis hijas, la más rica de mis ciudades, todos los tesoros ocultos que desde Alhama custodiamos...

—Señor, sólo pido tu venia para volver a guerrear. Mi lealtad no necesita más premio que el de tus brazos.

Un murmullo de aprobación zumba en la sala hormigueante de guerreros.

Todas las manos acarician la empuñadura de los alfanjes.

Sólo Leila Hassana permanece inmóvil, con los ojos fijos en las negras pupilas y en el fiero talante del príncipe que, rodeado de guerreros, semeja el bello Arcángel de las Venganzas, ese arcángel exterminador y violento que enciende la cólera de los viejos profetas.

Y no pudiendo resistir la fascinación de aquella figura que adorara en sueños, cae desmayada en brazos de las siervas.

El Emir sonríe a Abderramán, mientras su mano imperiosa, de una belleza toda hecha de crueldad y de palidez, acaricia suavemente la fatídica negrura de su barba.

IV

Aquella misma noche, un esclavo nubio cercenó de un golpe de yatagán la heroica cabeza del joven príncipe, y en un suntuoso azafate de plata repujada fué a ofrecérsela, sangrando aún, a Leila Hassana, cual rico presente de su señor, el muy alto y magnánimo emir Muhamed II.



ACABÓSE
DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN MADRID, EN EL ESTABLECIMIENTO
TIPOGRÁFICO DE JOSÉ YAGÜES SANZ
EL DÍA XV DE JUNIO
DE MCMXVII

DE WORTH
AT THE
OFFICE OF THE
RECORDS AND
GENERAL CLERK
OF THE
COUNTY OF
WORTH



